

eso, para mí al menos. En cuanto veo que uno fija los ojos en mí, el miedo se apodera de mi corazón, y te aseguro...

HORT. ¿El miedo? ¿miedo sin duda de hacerle desgraciado? En eso te reconozco; inocente siempre, pero sin mundo: con un corazón demasiado bueno para vivir en sociedad.

CLOT. (*Estrechando su mano y con tono sentimental.*) ¡Ah, querida Hortensia! ¡Cuando una tiene ya sobre su conciencia la muerte de un hombre!



había echado de ver que me galanteaba.  
HORT. ¿Y no convienes conmigo en que es un excelente marido?

CLOT. Pero yo bien claro veía que me amaba; me lo decía todos los días con un tono tan sincero, tan apasionado... Ya supones que ni quise responderle, ni aun darle oídos.

HORT. Claro está.

CLOT. (*Enterneciéndose gradualmente.*) Un día por fin le ví pálido, agitado, descompuesto; se echó á mis pies, y me rogó, me suplicó con los ojos cuajados en lágrimas; me despedazaba el corazón. Resistí sin embargo, no tuve compasión. Se levantó entonces, díjome que, despreciado por mí, la vida le era enojosa, que sólo anhelaba la muerte: se alejó, y mis labios no se abrieron para llamarle! Al día siguiente, querida Horten-

HORT. (*Asustada.*) ¡Dios mío! ¿qué dices? ¡La muerte de un hombre! ¡explicate, por Dios!

CLOT. Temo...

HORT. ¿Qué? estamos solas; habla.

CLOT. (*Mirando en derredor.*) Dices bien; nadie puede oírnos. Hace dos años, en las aguas de Bañeras... asistía á ellas un joven á quien nadie conocía; su viaje no tenía objeto conocido; nadie sabía su apellido; le llamaban Eduardo. Mi marido se había hecho muy amigo suyo, porque le acompañaba en sus paseos de madrugada, y no

sia, el diario de Bañeras dió la noticia de que el desdichado había puesto término á su vida. Una carta que había dejado á su criado le daba cuenta de tan espantoso designio; en balde se practicaron escrupulosas investigaciones en la sierra, hacia donde le habían visto encaminar sus pasos... no se halló de él sino su sombrero á orillas de un precipicio.

HORT. ¡Qué aventura, Dios mío!

CLOT. ¡Se había dado la muerte por mí, Hortensia, por mí!

HORT. ¿Sabes que eso es espantoso y que podía haberte comprometido? ¡Fué una imprudencia por cierto imperdonable!

CLOT. (*Con entusiasmo.*) ¡Una imprudencia! ¡el acto mayor de valor, el más sublime! ¡era preciso querer bien de veras para eso! ¡era

preciso abrigar una alma fuerte, generosa, heroica!

HORT. Vamos, ahora será un héroe; ¡ahora va á tener todas las virtudes imaginables porque ha muerto!

CLOT. ¡Desdichado! ¡Ah! si yo hubiera podido adivinar...

HORT. (*Con viveza.*) ¿Qué?

CLOT. Nada, nada contra mi deber; pero acaso una palabra sola hubiera bastado...

HORT. (*Meneando la cabeza.*) Una palabra... no siempre; no siempre; ¿quién sabe?

CLOT. ¡Ah, cualquiera cosa es mejor que una muerte!

HORT. Con todo, querida Clotilde...

CLOT. (*Con bondad.*) ¡Ah! y no sólo por ellos; pero tienen madre, hermanos, familia...

HORT. Sí, pero nosotras tenemos maridos...

CLOT. (*Con impaciencia.*) ¡Los maridos no se matan nunca!

HORT. ¡Pues no faltaba otra cosa!

CLOT. Con todo, tú debes comprender qué remordimientos, qué tristeza han debido quedarme. Hortensia, Hortensia, bastante es ya la muerte de uno. ¡Oh! te juro que no tendría valor para exponerme á otro lance semejante. (*Fernando entreaire el balcón, manifiesta en sus gestos haberlo oído todo, y se sale en puntillas.*)

HORT. Pero en fin, ¿y tu desconocido de Boloña? Supongo que no se querrá matar también.

CLOT. ¡Oh! En vista del recibimiento que le he hecho esta mañana, estoy segura de que ha renunciado á sus ideas, y de que habrá marchado; de todas suertes, estoy bien decidida á desengañarle.

HORT. Bien, Clotilde. Estimo demasiado á tu marido, á tí misma, para...

CLOT. Querida Hortensia, siempre buena, siempre virtuosa. Pero te entretengo hablándote de mis penas, acaso necesites descanso.

HORT. No por cierto; voy á entrar en mi cuarto para vestirme; espero á mi hermano, que no puede tardar.

CLOT. ¿Vas á engalanarte para recibir á tu hermano?

HORT. ¿Quién sabe si espero á alguien más...? No te he dicho que voy al Havre, y podría acontecer, aunque yo lo he prohibido expresamente, que saliesen á mi encuentro hasta aquí.

CLOT. ¡Veinticuatro leguas para verte algunas horas antes! ¡Eso es amor!

HORT. Es impaciencia, y nada más. Antes de casarse andará cien leguas por ver á su mujer, y después no dará tal vez veinte pasos para llevarla á un baile.

CLOT. ¡Ah! en cuanto á eso, mi marido me llevaría todas las noches si yo quisiera.

HORT. ¿Y te quejas? (*A media voz.*) Créeme, Clotilde, jamás encontrarás otro mejor: adiós, adiós; da un abrazo á tu marido de mi parte.

CLOT. De buena gana. (*Hortensia se entra en su cuarto.*) Voy á mi cuarto también. Acaso me esté esperando ya.

#### ESCENA VII

CLOTILDE, después FERNANDO

(A tiempo que se dirige hacia la puerta de la derecha, ve á Fernando, que entra con el pelo y el vestido descompuestos.)

CLOT. ¡Él es! ¡Todavía aquí! ¡Y estoy sola...! Démonos prisa...

FERN. ¡Un momento!

CLOT. ¿Qué agitado parece!

FERN. Me había puesto ya en camino, señora; me alejaba de esta ciudad...

CLOT. Estaba segura de ello.

FERN. De esta ciudad, donde me esperaba una hermana idolatrada...

CLOT. ¿Qué dice usted?

FERN. Que soy hermano de Hortensia, señora, de su amiga de usted...

CLOT. ¡Dios mío! voy á avisarla...

FERN. (*Deteniéndola.*) Es inútil... no he vuelto por ella, sino por usted, por usted sólo, á quien he querido volver á ver por última vez... «¿Es posible, me dije á mí mismo, que tanto amor no halle compasión en su pecho?... si vuelve á despreciarme, como esta mañana, como ayer, como siempre, sea en buen hora, me alejaré sin quejarme, y no volverá jamás á oír hablar de mí... pero esta vez mi voluntad será irrevocable como la suya, y realizaré mi proyecto.»

CLOT. No comprendo... no me atrevo á... Pero usted sabe, caballero, que yo no puedo dar oídos á usted, que mi marido...

FERN. ¡Su marido de usted! ¡Ah, palabra maldecida! he ahí la idea que me ha exasperado; esa palabra que no há mucho, y después de nuestra última entrevista, havenido á interponerse como una barrera invencible entre mi amor y la felicidad que había soñado... La única mujer á quien pueda amar, la mujer de quien pende mi porve-

nir, la veo en poder de otro, y de otro, ¡santo Dios! á quien ama; sí, le ama, pues que por él me desprecia y me condena á la muerte... esta idea, señora, es espantosa. Desde entonces no he tomado consejo sino de mi desesperación... y esa desesperación, señora, no me da más que uno, no sabe inspirarme sino una determinación.

CLOT. ¡Desdichado!

FERN. ¿Qué me importa ya una vida sin esperanza y sin objeto? Mi vida es usted... ¡y usted no quiere que viva!

CLOT. Sosiéguese usted, reflexione usted... (No sé qué decirle.) *(Alto y con viveza.)* ¡Oh! míreme usted, yo se lo suplico, en nombre de esa misma hermana que tanto le quiere.

FERN. Sí, y yo también, deidad de mi existencia, te lo suplico en su nombre... ídolo de mi vida, tú sola puedes salvar á su hermano. ¡Tu amor, bien mío, ó la muerte!

CLOT. ¡Dios mío! ¡pobre Hortensia! ¡sola en el mundo, sin más que este hermano!!! *(Volviéndose y viendo á Fernando, que abre la caja de las pistolas que había quedado sobre la mesa.)* ¿Qué hace usted?

FERN. *(Que se ha apoderado de una pistola.)* Ese silencio es mi sentencia...

CLOT. ¡Yo desfallezco!

FERN. *(Desesperado.)* ¡Deseas mi muerte!

CLOT. ¡Insensato!

FERN. *(Desesperado.)* ¡Usted la exige!

CLOT. *(Abalanzándose hacia él.)* No, no; jamás, ¡al contrario! Porque, en fin, ¿qué quiere usted? ¿qué exige?

FERN. *(Acercándose rápidamente.)* ¿Qué exijo? ¡Ah! un sacrificio haré cortito... un momento sólo de conversación, una entrevista no más.

CLOT. ¡Pero mi marido va á volver!

FERN. Pues bien, luego, en esta misma pieza, á las cuatro, cuando su marido de usted no esté... yo me encargo de alejarle de aquí.

CLOT. Y bien, ¿y qué?

FERN. Prométame usted tan sólo que me oirá sin enojo; nada más... un amor como el mío no puede exigir más.

CLOT. (Al menos no es exigente... ¡Oh! ¡el otro era otra cosa!) *(Alto.)* ¿Y á ese precio consiente usted en entregarme esas armas...?

FERN. Ahora mismo.

CLOT. Démelas usted. *(Fernando se adelanta presentándole la caja de las pistolas. Clotilde retrocede asustada.)* ¡No, no! no me

las dé usted... Cierre usted la caja, y llévelas usted mismo á esa papelera.

FERN. Obedezco... *(Lleva la caja á la papelera, y se aleja. Clotilde corre hacia la papelera y la cierra.)* ¿Qué hace usted?

CLOT. La cierro y guardo la llave. *(Pone la llave en su cinturón.)* Ahora ya estoy más tranquila.

FERN. ¿No olvidará usted la palabra?...

CLOT. ¡Dios mío! ¿qué estoy haciendo?

FERN. ¡Señora!

CLOT. Lo he prometido, bien, lo he prometido; pero... déjeme usted ahora. *(Escapándose hacia su cuarto.)* ¡Dios mío, protégeme!

FERN. *(Viéndola marchar.)* ¡A las cuatro! *(Saludándola.)* *(Se cierra la puerta tras Clotilde.)* A las cuatro; consintió. ¡Oh! ¡excelente recurso! En lo sucesivo no he de usar de otro. Las mujeres tienen sus ataques de nervios para su uso particular; justo es que también nosotros tengamos alguna cosa.

## ESCENA VIII

SAUVIGNY, FERNANDO

SAU. ¡Maldito postillón! ¡Hemos perdido medio día!

FERN. ¿Quién llega? ¡Sauvigny! ¡nuestro enamorado del Havre, mi antiguo compañero de colegio!

SAU. *(Corriendo á abrazarle.)* ¡Querido Fernando! ¡Hace mucho que habéis llegado?

FERN. Yo hace algunas horas, pero mi hermana ahora mismo.

SAU. ¿Y yo no estaba ahí para recibirla, para ofrecerla el brazo? Estoy desesperado.

FERN. ¿Por qué?

SAU. Desesperado. Tanta prisa le quise dar al postillón, que nos ha hecho volcar... una rueda se ha hecho pedazos, un caballo se ha estropeado, y se ha perdido una mañana... ¡Hay suerte más desdichada!

FERN. Para el caballo, sobre todo.

SAU. ¡Ah! para mí, para mí, que contaba con llegar mucho antes que Hortensia... ¡tengo tan pocas ocasiones de probarle mi amor, y ella es tan incrédula!

FERN. ¡Qué disparate! Mi hermana está persuadida de que la adoras; se lo he dicho yo cien veces...

SAU. En ese caso, ¿por qué no se decide en fin?

FERN. ¿Por qué? ¿por qué? porque le ha ido mal

con su primer marido, que la adoraba, y desconfía de las grandes pasiones, y de su duración sobre todo... Teme tu mudanza.

SAU. ¿Yo mudar? ¡Ah! bien claro se deja ver que no me conoce... ¡mudanza en mí! cuando yo llegue á querer, Fernando, es para siempre; tu hermana en fin es la única mujer á quien he querido.

FERN. *(Con frialdad.)* Lo creo.

SAU. Cien veces se lo he dicho, y se lo he jurado... es la verdad.

FERN. ¿Y á mí me lo dices? ¿Qué me importa? eres buen muchacho, correspondido; eso es cuanto yo necesito en un cuñado; mi hermana se casará contigo.

SAU. ¿Tú me lo aseguras?

FERN. Yo respondo. Y si tardase en decidirse, yo te enseñaría un medio...

SAU. ¿Cuál?

FERN. Un medio que acabo de descubrir, una receta que es probada con las mujeres.

SAU. Acaba.

FERN. Pero es fuerza usar de ella con discreción: te lo diré, sin embargo, previa una condición.

SAU. *(Con viveza.)* Acepto desde luego.

FERN. Un favor que me has de hacer.

SAU. ¿Dinero? ¡mi bolsillo está abierto para tí!

FERN. No.

SAU. Entre cuñados...

FERN. No se trata de eso, en otra ocasión no digo que no ocurra... es posible; pero por ahora no es eso lo que me inquieta, sino un marido.

SAU. ¿Un marido?

FERN. A quien es preciso desviar de aquí por un rato, y cuento contigo.

SAU. ¿Conmigo, que estoy sin ver todavía á tu hermana?

FERN. Se está vistiendo, y no puede recibir ahora; además no ha de ser ahora mismo precisamente, sino á las cuatro. Todavía no pueden ser.

SAU. ¿Y dónde le he de llevar?

FERN. Adonde quieras, á ver los muelles, la catedral, las curiosidades del pueblo, ¡qué sé yo!

SAU. Pero, hombre, ese marido, no conociéndole siquiera...

FERN. Pues ahí está el mérito. ¿Y qué importa, hombre? todos los maridos se parecen... ¡Oh! ¡y éste ofrece además una ventaja incalculable! es agente de negocios: tienes más que hablarle...

SAU. Fernando, ¿en conciencia, puedo yo cooperar á burlar á un marido, estando en visperas?...

FERN. ¡Hoy todavía sí! y en rigor hasta que, tráfuga decidido, te hayas pasado á las filas enemigas. ¡Pero aquí viene!

## ESCENA IX

MONVEL, FERNANDO, SAUVIGNY

MON. *(Con varios paquetes.)* ¡Qué contentas se van á poner mi mujer y mi hija! Les he comprado los dos vestidos más bonitos... *(Saluda á Fernando, y se acerca después hacia Sauvigny.)* ¿Qué veo! ¿Estoy yo despierto? ¿Es posible?

SAU. *(Corriendo hacia él.)* ¡Señor Monvel!...

FERN. ¿Le conoces?

SAU. Sí, amigo mío, sí.

MON. *(Estupefacto.)* ¿Usted, Sauvigny, á quien creíamos muerto?

FERN. ¿Cómo?

MON. La carta que usted dejó... su desaparición de Bañeras...

SAU. ¡Ah! me recuerda usted...

MON. ¿Con que no fué cierto? ¿vive usted todavía? Este incidente me colma de alegría; le quería á usted como á un hermano; ¿usted sabe el sentimiento que nos dió? Abraza usted, amigo, abraza usted. ¡Vea usted! ¡qué diablo! ¡un hombre que vive todavía!

FERN. ¡Magnífico!... ¿son ustedes conocidos antiguos?... *(Bajo á Sauvigny.)* Ahora ya puedes llevarle... á las cuatro, ¿eh? *(Alto.)* Adiós, voy á ocuparme en tus intereses; no olvides los míos.

## ESCENA X

MONVEL, SAUVIGNY

MON. ¡Vaya, vaya! Déjeme usted, hombre, que lo mire á usted otra vez. ¡Usted á quien todos habíamos llorado en Bañeras por muerto... usted, cuyo suicidio, de cuya muerte incontestada nos dieron tan minuciosos detalles los periódicos! ¡Es cosa prodigiosa! ¡Es cosa de poner el grito en las nubes!...

SAU. *(Con viveza.)* ¡Al contrario! y ruego á usted que no miente semejante aventura... sobre todo aquí.

MON. ¿Por qué? ¡Un suicidio por amor!

SAU. Auto en favor, eso me perdería, desbarataría tal vez mi boda.

MON. ¿Pues cómo?

SAU. ¿Usted es discreto, supongo?

MON. Un agente de negocios, hombre; ¡es mi oficio!

SAU. Puedo fiarme de usted: además de que siempre me mostró usted tal amistad...  
(Después de una corta pausa.) Sepa usted, pues, que cuando nos conocimos en las aguas de Bañeras, yo estaba atacado de una enfermedad nerviosa, la cual había producido en mí una sensibilidad tan ex-

quisita que me enamoraba de cuantas mujeres veía... una sobre todo.

MON. Sí, ¿aquella hermosa inglesa...?

SAU. No.

MON. ¿La mujer del médico de los baños?

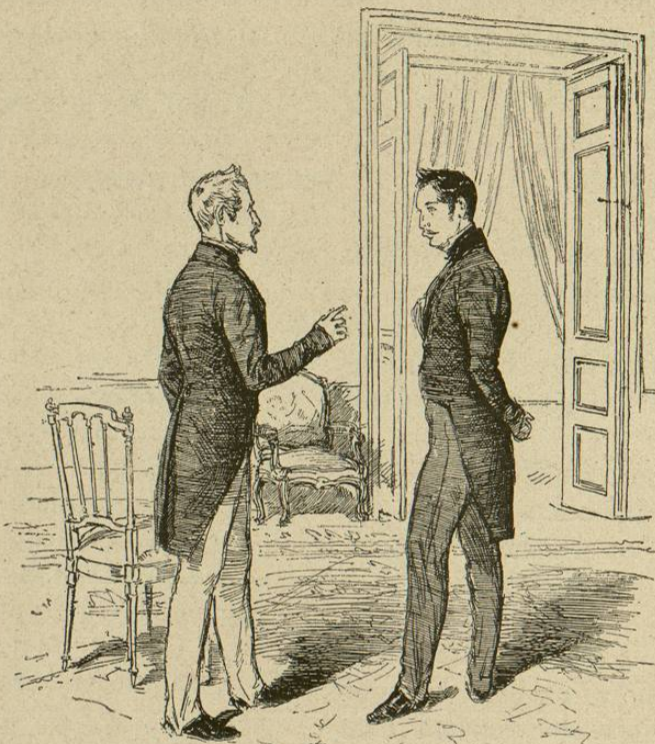
SAU. Nada.

MON. ¿Quién, pues?

SAU. El nombre no hace al caso...

MON. ¡Oh! ya caigo... aquella condesita...

SAU. Como usted quiera; tanto más, cuanto que, inflexible y severa, me trató con tal cruel-



dad, que arrebatado del delirio, del paroxismo de la pasión... y dominado acaso también por ese mismo mal nervioso, de que tengo á usted hablado... tomé la determinación de acabar de una vez para siempre, pero una determinación firme, irrevocable... Y el género de muerte que escogí, como el que estaba más en armonía con el estado de mis ideas, consistió en precipitarme en uno de aquellos abismos tan frecuentes en los Pirineos... hallaba yo en esta idea cierta grandeza y sublimidad...

MON. Sí, por lo extravagante.

SAU. Bien puede ser... Ahora bien; después de haber escrito á mi criado, haciéndole don de mis efectos, y rogándole que no se molestase á nadie á causa de mi muerte, me

encaminé hacia el sitio que había escogido: era por la mañana; ya por el camino íbame serenando algún poco, de pronto me sentí más frío en mi determinación; ya se ve, también me hundía en la nieve hasta la rodilla y hacía un viento de todos los diablos. Hice sin embargo un esfuerzo, pero al llegar al borde del precipicio medí con los ojos la profundidad, y un movimiento involuntario me hizo retroceder horrorizado. Volví con todo á asomarme, como avergonzado de mi flaqueza... en una palabra, á pesar mío ya, y sólo por respetos humanos, por el qué dirán, por qué sé yo, iba á precipitarme, cerrando los ojos, cuando de repente oigo en la montaña un grande ruido... y era... á ver si acierta usted.

MON. Algún monte de hielo que se desprendía...

SAU. Nada. Carlos Vernet, uno de mis amigos, dirigiendo una gran batida de cazadores... ocupados en perseguir los gamos. Eran tantas sus carcajadas, tal su buen humor, que no me atreví á contarles mi aventura por miedo de que se burlasen de mí. Cuando todos ellos me gritaron: «¡Agréguese usted á la batida, con nosotros, con nosotros!» dije para mí: «Después me mataré, á mediodía, y mejor todavía que ahora, porque no tendré tanto frío.» Héme, pues, cazando gamos y corriendo las alturas, pero tan desatinadamente, que allí perdí sombrero, pañuelo, ¡qué sé yo! en una palabra, que llegué al punto de reunión desvendado y muerto de hambre.

MON. ¿Tenía usted hambre?

SAU. ¡Devoraba! ¡un apetito de todos los diablos!... y en verdad que por entonces olvidé mi asunto principal... estaba ya á algunas millas de mi precipicio, y dije para mí sayo: «Si la desesperación me ha permitido vivir todavía tres horas y media, ¿por qué no se ha de extender á cuatro, á cinco, á doce, y así sucesivamente?» En estos casos, lo que cuesta es el primer paso. He aquí mi argumento, el mejor sin disputa de cuantos he hecho en toda mi vida para mi uso particular... Pero lo más difícil no era volver á la vida, sino volver á Bañeras... ¿Cómo diantre exponerme á las chanzas, á los epigramas?... ¿cómo desmentir al periódico? ¿cómo presentarme vivo ante esa misma mujer á quien amaba? No era posible. Tomando, pues, una determinación decisiva, y un asiento en la diligencia de Tarbes, volvíme á París, y de allí al Havre... donde mi padre me puso al frente de nuestro comercio; y desde entonces los azúcares, el café, el algodón... en una palabra, he estado siempre tan ocupado...

MON. ¿Que no ha tenido usted un rato de lugar para matarse?

SAU. Así es. Luego he hecho fortuna... he reunido un caudal muy bonito, lo cual siempre distrae algún tanto, y le da á uno otras ideas... ideas por ejemplo de establecimiento, de boda.

MON. Comprendo... Quiere usted poner ahora ese mismo caudal á los pies del objeto de su antigua pasión.

SAU. No; á los pies de otra persona...

MON. (Riéndose.) Pues, ¿y aquel amor que había de ser eterno, inextinguible?...

SAU. Existe, existe, cada vez más ardiente, más impetuoso si cabe. Siempre el mismo. Sólo que ha variado de objeto.

MON. ¡Ah! es el fénix que renace de sus propias cenizas.

SAU. Cabal. Una viuda preciosa, hechicera... pero, á pesar de todo mi amor, no he podido lograr todavía su consentimiento; desconfía de mí y de mi constancia.

MON. (Con calma.) No tiene razón.

SAU. Y como precisamente está aquí, en esta misma fonda, si se os moviese la lengua á hablar de esa desdichada aventura de Bañeras...

MON. ¡Pobre mozo! no tenga usted cuidado, no seré yo quien le venda; y aun si puede serle útil mi mediación...

SAU. ¡Qué de bondad! ¡cuánta generosidad! ¡Ah! crea usted seguramente que tengo sinceros remordimientos... Si usted supiese...

MON. ¿Qué?

SAU. (Viendo abrirse la puerta de la izquierda.) Nada, ahí tiene usted el objeto de mi amor... ella llega con su hermano.

MON. ¿Hortensia?

SAU. ¿La conoce usted?

MON. Es íntima amiga de mi mujer.

SAU. (Espantado.) ¡De su mujer!

#### ESCENA XI

MONVEL, SAUVIGNY, HORTENSIA, FERNANDO

HORT. (Saludando.) Acabo de saber su llegada de usted, y esperaba la visita.

SAU. (Turbado.) Ignoraba, señora, que estuviese usted visible; me he encontrado aquí con un amigo, un amigo verdadero.

HORT. (Sonriendo.) Muchos tiene usted, porque aquí está mi hermano abogando por usted hace media hora con un interés...

FERN. He cumplido mi palabra; acuérdate tú de la tuya.

HORT. ¿Qué?

SAU. Nada. Ha dicho á usted que mi amor, que mi cariño, que mi constancia será eterna, se lo juro á usted.

HORT. ¡Qué conmovido está usted!

SAU. Cuando la veo á usted... me encuentro además en una posición...

MON. (Adelantándose.) Embarazosa.

HORT. (Viéndole.) ¡Ah! caballero Monvel, pero ¿y Clotilde? ¿dónde está?